

crisiana por su población, y en nuestros días lo es casi tanto como cualquier ciudad europea, pues los dos tercios de sus habitantes son católicos sujetos á la jurisdicción de los Párrocos Franciscanos de Tierra Santa.

Lo que ante todo llama la atención del viajero es el aspecto casi europeo de sus calles principales y la excelente construcción de sus casas que, si bien conservan en su generalidad el gusto arquitectónico árabe, guardan sin embargo cierta semejanza á los mejores de los pueblos rurales de Europa y América, cosa nada común en Turquía asiática. Y es que los betlemitas son en alto grado laboriosos y saben ganarse la vida con su honroso trabajo.

Muchos hay que, siendo aún muy jóvenes, hacen excursiones comerciales a Europa y América, de donde vuelven después de reunir un modesto capital con que fabrican sus casas, toman estado y pueden llevar una vida desahogada que, no por eso, entregan a la inacción y al vicio.

Belén cuenta hoy más de cinco mil católicos, unos dos mil griegos y armenios cismáticos, algunos pocos, turcos y menos protestantes, que no logran los secretarios de Lutero hacer prosélitos entre los orientales, dizque debido á la proscripción que hacen del culto de la Santísima Virgen de quien son devotísimos aquellas indígenas.

Tampoco existe en Belén aquel hormiguero de judíos que plagan otras poblaciones orientales y occidentales, lo cual es una excepción rarísima. Desde la insurrección de Barcochebas, el fingido Mesías que levantó á un grado supremo el fanatismo hebreo, Adriano los arrojó de Jerusalén y Belén, prohibiéndoles bajo severísimas penas penetrar jamás en ninguna de las dos ciudades, y mandando para mayor infamia, colocar sobre una de las puertas de la Santa Ciudad que miraba á Belén un cerdo de mármol que les hiciera aborrecible para siempre la entrada y permanencia en ellas. (1)

Con el correr de los siglos el proboscio desapareció, y los judíos se olvidaron de su propia ignominia, penetrando otra vez á bandadas en Jerusalén, mientras las puertas de Belén les estuvieron siempre cerradas: hubo tiempos en que hubieran pagado cara su intrusión, pues la pena de muerte era lo menos que se les hubiera aplicado. Hoy entran algunos trabajadores en su mayoría hojalateros, que no pueden procurarse se residencia fija en el pueblo natal del Mesías que ellos todavía esperan.

---

(1) Sabido es el horror que á todo buen judío causa la carne de cerdo, prohibida en el antiguo Testamento.

FR. RAMON GARCIA M.